



Inutilidades

Ciudadanía, 05/01/2020

Todo acto nos descubre.

Michel de Montaigne, Ensayos (De Demócrito y Heráclito)

No deja de llamarme la atención la enorme cantidad de libros absurdos, necios y fatuos que uno se tiene que leer para realizar cualquier tipo de investigación. Esto viene a romper el tópico según el cual nada más escribían y publicaban personas que habían alcanzado un cierto nivel. Sucede lo mismo que sucedía con la televisión: antes sólo aparecían personas de un cierto renombre, con una cierta enjundia. Hoy lo hace aquel o aquella que se ha acostado con el famoso de turno y puede contar y airear sus más necias intimidades.

A veces es el poder quien determina si se ha alcanzado ese cierto nivel. Así ayuntamientos y diputaciones publican libros o folletos que vienen a justificar su permanencia en el poder. Son libros que no encierran ningún peligro, que no cuestionan nada y no llegan al fondo de ninguna cuestión. Su único valor reside en que dan alguna información sobre calles, teatros, fechas de actuaciones olvidadas, y poco más.

Evidentemente tampoco un futuro investigador va a poder prescindir de esos horribles programas de televisión donde se ventila la vida sexual de los famosillos de turno. Son programas que deben tener audiencia desde el momento que se programan en cadenas privadas. Y éstas no televisan nada que no de beneficios. Al menos yo no les he visto programar ni óperas, ni obras de teatro, ni cine de calidad.

¿Estaría dispuesta una empresa a invertir en un espectáculo sabiendo que económicamente va a ser una ruina? Tal vez si con ello se asegura futuras ganancias: invertir en libros malos o en pésimas obras de teatro a fin de lograr la desaparición del sentido crítico y asegurar la permanencia en el poder. ¿A alguien le interesa la educación del ciudadano, su paideia? ¿Es cierto que Sófocles, Esquilo, Eurípides, etc., escribían su teatro para educar al público? ¿Ya no sirven aquellas obras para educar al público de hoy?

Creo que estoy planteando mal el problema: hoy ya no se habla de educación, sino de marketing, de ganancias y de pérdidas, de cuotas de mercado y de público... A nadie le interesa que los datos ofrecidos por una película sean o no correctos, o que ésta sea bella. Lo que interesa es que todo se convierta en espectáculo y que ese espectáculo atraiga a las masas, y que las masas paguen. Hay, creo, una doble tiranía de las masas hacia las productoras y de éstas hacia las masas, que imponen un cine o un teatro, e incluso una educación, vacío de contenidos, pero muy divertido y muy asimilable, tanto como lo puede ser una sopita o un caldito de acelgas. Todo apto para estómagos enfermos culturalmente: son incapaces de digerir el más mínimo diálogo con un poco de sentido y enjundia. Estamos en la época de la chabacanería y de la confusión: la camiseta interior, la de tirantes, sin nada encima, se lleva hasta en los grandes eventos. Dentro de poco el calzoncillo, no como prenda íntima, será el último grito. Rebautizado, eso sí, con el sonoro nombre de slip. Queda más fino.